

BIOY EMPEZÓ SIENDO GENIAL

JORGE LUIS BORGES

Se conjetura que no queda lejos la fecha en que la historia no podrá ser escrita por exceso de datos; Gibbon, en el siglo dieciocho, pudo edificar su admirable *Decline and fall* porque el tiempo, que también se llama el olvido, ya había simplificado mucho las cosas. En el caso de Adolfo Bioy Casares, éstas son tantas, para mí, que sé que mencionar una sola es omitir un número indefinido, y casi infinito, de otras. Prefiero aventurar un juicio. En una época de escritores caóticos que se vanaglorian de serlo, Bioy es un hombre clásico. No ha cesado aún el debate de los antiguos y de los modernos; Bioy es ajeno a los dos bandos. Es el menos supersticioso de los lectores. Juzga que el sereno *Aulo Gelio* de Capdevila es harto superior a los énfasis de Lugones o de Quevedo. Tiene en poco al ya canonizado Baudelaire. Prefiere (me lo dijo anoche) la obra de Jane Austen a la de Balzac. Profesa, ante el escándalo general, el culto de Voltaire y del doctor Johnson y el desdén de Poe y de Góngora. En su casa, en la sobremesa, suele leer la *Epístola a Horacio* de Menéndez y PeLAYO y se demora en algún verso:

La náyade en el agua de la fuente
o:
Que el níveo toro a la de cien
/ciudades
Creta conduzca a la robada ninfa.

En 1982 compilamos con Borges, para el Círculo de Lectores y Ediciones de Arte Gaglianone, una antología del cuento argentino, ilustrada por artistas contemporáneos. Borges me dictó una nota preliminar a cada relato. Publicamos entonces *Los Afanes*, el cuento elegido.

Roberto Alifano

Es inmune a todos los fanatismos. Soy muy sensible a los halagos de lo patético y de lo sentencioso; Bioy ha tratado siempre de corregirme, con adversa fortuna.

Como casi todos los escritores, Bioy empezó siendo genial, es decir, más o menos irresponsable. De sus primeros libros, de los que hoy no quiere acordarse, lee largos párrafos para hacernos reír y no siempre revela quien fue el autor.

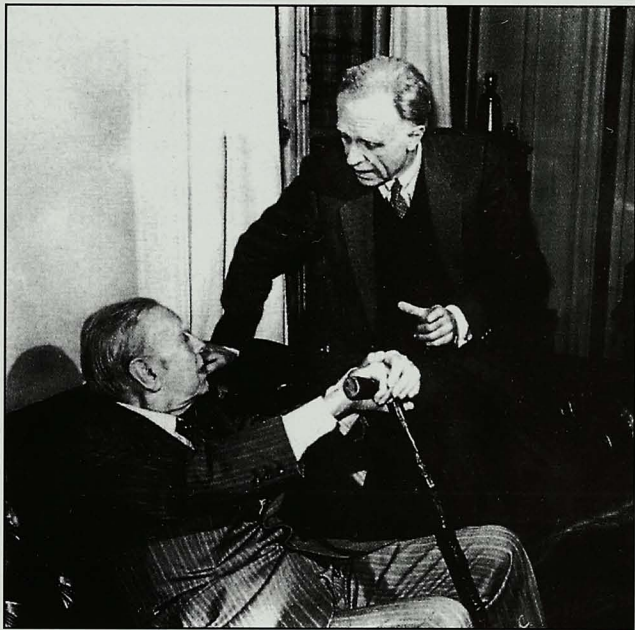
Su imaginación se complace en la invención continua de fábulas. Algunas corresponden a lo que *malamente* se llama ciencia ficción. He dicho malamente, porque en los idiomas germánicos el primero de los dos nombres sustantivos que forman una palabra compuesta se convierte en un adjetivo. Sciencie-fiction significa, de hecho, ficción científica. Ese género fue iniciado por Francis Bacon, padre de la ciencia experimental, en su inconclusa *Nova Atlantis*, que data de 1626. Famosamente lo siguieron Wells y Jules Verne. El primero estimó que un relato fantástico debe admitir un solo hecho fantástico y que los otros deben ser cotidianos. En *El hombre invisible* se refiere a un solo hombre invisible; en *La guerra de los mundos*, a la invasión de nuestro planeta por los marcianos, pero jamás a una invasión de seres invisibles. Ahora descreemos de la magia y depositamos nuestra fe,

o nuestro temor, en la ciencia. Bioy ha indagado, y sigue indagando, las posibilidades literarias que nos ofrece.

En este punto quiero advertir a quien me lee, que, si el placer de la sorpresa le gusta más que el placer de la previsión, debe suspender aquí la lectura, porque voy a contar el argumento de las extrañas páginas que lo esperan. Su protagonista es un hombre que resuelve ser inmortal para seguir pensando, imaginando y haciendo el bien. Podemós recordar a aquel griego que se arrancó los ojos en un jardín para

que los colores y las formas del universo no distrajeran su pensamiento. Eladio Heller renuncia al mundo corporal y a la acción, pero no es un asceta. Es un hedonista que se recluye en un instrumento. La historia no es autobiográfica; la refieren, casi sin comprenderla, las mediocres personas que lo rodean. El desenlace ha sido prefigurado por el episodio del perro.

Este relato, como **La invención de Morel**, recurre a la ciencia. No así *El sueño de los héroes* o el **Diario de la guerra del cerdo**, que fluyen vastamente.



Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, 1982